

y me alisté como marinero en esta expedición, aunque con nombre supuesto. Doy mil gracias á Dios por haberme inspirado una resolución, porque á ella debo el haber podido salvaros la vida. Ahora mi mayor deseo es que me perdoneis y que me admitais á vuestro servicio para tener un pedazo de pan que llevar á la boca, y al mismo tiempo para demostraros que si en un momento de extravío pude cometer una mala acción, aún abriga mi corazón sentimientos generosos, y anhelo consagrar á vos el resto de mis días.

Hernan Cortés le otorgó su perdón, ofreció hacer por él cuanto pudiese después que cumplierse el tiempo de su empeño como marinero, le refirió el motivo de haberse arrojado al agua, y después de hacer mil pesquisas inútiles para recuperar las esmeraldas, recogió á sus dos hijos Martín y Luciano, y acompañado de algunos criados de su brillante séquito, se dirigió á Toledo para reunirse de nuevo con su esposa y con sus hijas.

Respecto á los que voluntariamente le habían acompañado á aquella expedición, les dejó en libertad de regresar á su patria, puesto que ya había concluido lo que motivó su alistamiento.

---

## Capítulo CXLV.

---

Noticia de nuevos descubrimientos.

Hernan Cortés estaba desesperado, porque al ver el desvío con que le había recibido el emperador, no se había atrevido á presentarle sus hijos, objeto principal de su expedición á Argel.

Los sacrificios que había tenido que hacer para llevar los caballos de guerra, habían amenguado casi totalmente los bienes de su esposa.

Se dice vulgarmente que un mal nunca viene solo, y la situación de Cortés confirma este aserto.

Además de los disgustos que le ocasionaba el pleito que sostenía contra el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, sobre la cantidad de vasallos y otros privilegios, le sorprendió la noticia de que en dicho consejo iban á residenciar su conducta, respecto al

tiempo que estuvo en Méjico, los licenciados Matienzo y Delgadillo.

Pero no fué esto lo que más le alarmó.

Como los grandes hombres no están exentos de pasiones mezquinas, nuestro héroe rendía culto á la envidia.

Así es que al saber que otro hombre, que Francisco de Pizarro, trataba de eclipsar su gloria con los descubrimientos que proyectaba, deseó adquirir noticias ciertas, con el objeto de unirse á él y compartir los azares de la lucha para tener derecho á aumentar su blason.

Llamando á su esposa, le indicó la necesidad de separarse breves dias de ella, y aunque doña Juana lo sintió en extremo, cedió ante la esperanza de que con aquel viaje se desvaneciese la nube de tristeza que oscurecía la frente de su esposo.

El ilustre caudillo, acompañado de Luciano, se dirigió á Trujillo, ciudad de Extremadura, en donde habia nacido y se habia criado Pizarro.

Apenas llegaron, preguntaron en un meson si tenia familia el nuevo conquistador, y supieron que lejos de allí vivia una hermana suya, jóven de peregrina hermosura.

Sin pérdida de tiempo fueron á su casa, y al presentarse, dijo Cortés á la jóven:

—He sabido que sois la hermana del valiente, del intrépido, del esforzado Francisco Pizarro, que segun dicen aspira á ensanchar los dominios españoles, y he querido venir á felicitaros.

—Agradezco vuestras lisonjeras palabras en nombre mio y en el de mi hermano, cuyos propósitos realmente son esos. Impulsado por la admiracion que ha despertado en toda España Hernan Cortés, ese hombre superior que con tan escasos elementos ha llevado á cabo la más grandiosa de las conquistas, solicitó de nuestro soberano el permiso para emprender una nueva expedicion á las Indias, para explorar aquel vasto territorio, que aún promete mucho.

—Haceis grandes elogios de Hernan Cortés, lo que me hace suponer que le conoceis.

—No le conozco personalmente; le conozco únicamente por la relacion que de sus hechos heroicos, gloriosos, nos hizo un soldado que sirvió á sus órdenes.

—¿Y vuestro hermano, tambien ha adquirido gloria?

—Sí,—dijo con orgullo la jóven,—y la prueba es que vos mismo os habeis hecho eco de su fama, llegando hasta aquí.

Es muy feliz, porque ha descubierto un nuevo país, más rico, más espléndido que cuantos hasta ahora se han conocido.

Las costumbres de sus habitantes en nada se parecen á las de los demás.

Adoran al sol, celebran con gran pompa sus festividades religiosas, no llevan já cabo en ellas los horrendos sacrificios que los de Méjico; sus jefes, los Incas, á quienes creen descendientes del sol, se ha-

llan adornados por lo general de vasta instruccion; los habitantes rinden culto á los progresos de la civilizacion.

Usan vestidos de algodón, ó de lana muy fina de ciertos animales, y las mujeres llevan ropa talar.

Unid á esto las muchas minas de oro en que abunda aquel territorio, los magníficos criaderos de piedras preciosas, y comprendereis si todo este conjunto es para halagar el amor propio del hombre más modesto, cuando vé próximo el día de conquistarlo para la corona de España.

Mi hermano dice, según he sabido por un pariente de Almagro, que como sabeis le acompaña en esa expedicion, que pronto, muy pronto, me enviará perlas y otras piedras preciosas y alhajas de oro que le han regalado los Incas, joyas todas como no las tiene ninguno de los soberanos de la tierra.

—Por lo que se vé, os deslumbran además las riquezas.

—No lo creais; lo que á mí me entusiasma, lo que hace latir mi corazón, es un nombre glorioso, son las hazañas de los héroes, es el oír que ha habido hombres valerosos que abandonando su patria, su casa, sus afecciones, arrojando mil peligros, se han lanzado en busca de lo desconocido, para dejar con sus proezas escrito su nombre con caracteres indelebles en la memoria de todos los españoles.

Hernan Cortés, profundamente conmovido:

—Permitidme que os estreche en mis brazos; mi edad me pone al abrigo de todo sentimiento impuro

y creo no negareis á este anciano este inefable placer. En cambio os revelaré un secreto.

La hermana de Pizarro prestó profunda atención.

Luciano no apartaba la vista de la jóven, cuyos encantos le hacian sentir una emocion dulcísima, pura, desconocida para él hasta entonces.

—Decid á vuestro hermano,—continuó Hernan Cortés,—que ese hombre á quien ha admirado tanto ha estado aquí, si no pobre, humilde y modesto, á saber noticias de él, y á decirle que hará votos para que la envidia, la calumnia, la injusticia, no eclipsen su gloria como han tratado de amenguar la del conquistador de Méjico.

—Según eso, sois...

—Soy Hernan Cortés.

La jóven quiso arrodillarse para besar su mano; pero Hernan Cortés:

—Alzad,—le dijo cariñosamente,—que jamás los ángeles se prosternan ante los hombres.

Después de una breve pausa, añadió Cortés:

—Yo moriré pronto; pero no quisiera morir sin volver á ver el cielo de América, sin pisar de nuevo aquella tierra que tantos recuerdos evoca en mi corazón, sin estrechar la mano de vuestro valeroso hermano.

—En su nombre voy á pedir os un favor.

—Le teneis concedido desde luego.

—Pues bien; sé que mi hermano estimaría mucho tener un recuerdo del hombre á quien siempre ha admirado.

—En ese caso, tomad esta daga, de la que me he servido luchando contra los mejicanos. Pensaba regalársela á mi hijo; pero le daré otra cosa.

—¿Es vuestro hijo este jóven?—preguntó la hermana de Pizarro, fijando su mirada en Luciano.

—Si; conmigo combatió en las Indias, y si no fuera por que creyérais apasionado mi juicio, os diria que cumplió como bueno.

—¡Padre, por Dios!

La jóven y el hijo de Cortés continuaban contemplándose, y sus miradas revelaban que un mismo sentimiento se habia apoderado de sus almas.

Hernan Cortés sacó á los dos jóvenes de su abstraccion.

—Permitid que nos retiremos. ¡Dios sabe si ya volveremos á vernos en el mundo!

Luciano al despedirse de la jóven se atrevió á decirle:

—¡Quiera Dios que nosotros volvamos á vernos!

Padre é hijo se pusieron de nuevo en camino, y al primero no se le ocultó la pena que dominaba al segundo.

—¿Qué tienes, hijo mio?—le preguntó.

—Padre, no sé si aprobareis mis palabras; pero este viaje me ha llenado de alegría y de pena.

—Explicate.

—Me ha llenado de alegría, porque me ha hecho ver á tiempo que no era cierta mi vocacion para el sacerdocio evitando que fuera un ministro indigno del Señor; y al mismo tiempo me ha hecho conocer

un sentimiento que jamás se habia albergado en mi alma; pero al conocerle, la pena se ha apoderado de mi corazon, porque no sé si podré aspirar á la dicha de llamar mi esposa á esa jóven, bella, candorosa, amable, de quien acabamos de separarnos.

—Tu resolucion me llena de orgullo, hijo mio. ¿Quieres adquirir gloria y fortuna? ¿Quieres seguir las huellas de tu padre?

—Es mi mayor deseo.

—Voy á recomendarte á Pizarro, quien creo no desoirá mis ruegos.

—Pero sápararme de vos... ¿Por qué no nos marchamos los dos?

—Tienes razon.

Llegaron á Toledo noticiaron á doña Juana los proyectos que abrigaban, y aquella resignada mujer no pudiendo oponerse á la resolucion de su esposo, le suplicó que le concediese al ménos el gusto de acompañarle á Sevilla.

Hernan Cortés accedió, y con toda su familia se dirigió á Sevilla para desde allí embarcarse con Luciano á las Indias.

La Providencia habia inspirado á doña Juana al formular aquel deseo.

Parecia como que preveia los acontecimientos que iban á tener lugar en breve plazo.

## Capítulo XLVI.

En Sevilla.

La llegada de Hernan Cortés á Sevilla llamó mucho la atención, especialmente entre la gente de mar.

—Sin duda proyectaba una nueva expedición,—decían unos.

—Pues lo que es yo no he de ser de los últimos que me presente á alistarme.

—No creáis que en las Indias es oro todo lo que reluce,—añadió otro que había estado allí á las órdenes de Velazquez.

—Cada uno cuenta de la feria según le vá en ella. Si vos no habeis hecho fortuna, otros han tenido buenos castellanos de oro.

—Sí; [pero aunque así sea, no compensan las utilidades con los trabajos que hay que arrostrar.

HERNAN CORTÉS.

1045

Mientras el hombre es joven todo lo resiste.

—Así se dice vulgarmente; pero del dicho al hecho hay gran trecho.

Se iban formando grupos, y en todos ellos reinaba la mayor animación.

—¿Es cierto lo que acabo de oír?—preguntaba un hombre como de cuarenta años de marcial aspecto, con todo el aire de un soldado valiente.—¿Es cierto que ha llegado mi antiguo jefe Hernan Cortés?

—Vaya si es cierto; y no falta quien atribuya su venida á este puerto para hacer los preparativos necesarios para una nueva expedición.

—Pluguiera al cielo que así fuera.

—¿Por qué?

—Porque en el tiempo que ha pasado desde que me separé de él, desde que abandoné aquellos países espléndidos en los que las amarguras y las alegrías se sucedían diariamente, para entregarme á esta vida inactiva, sedentaria que aquí hago, veo que me falta algo, parece que me ahogo en esta atmósfera.

—Sed franco; confesad que se os acaba el dinero que trajisteis de allá, y quereis volver con la esperanza de nuevas riquezas.

—Bien sabe Dios que os equivocais. Jamás he sido ambicioso, y la prueba es que el dinerillo que traje lo gasté alegremente en cuatro días, como quien dice.

—Y si no, que se lo pregunten á la Flamenca.

—Silencio, caballeros, que pudiera oírnos su hermano y tener nn disgusto.

—¿Creeis que ignora vuestras relaciones?—Si las ignora ó no lo cierto es jamás se ha dado por entendido. Pero volviendo al objeto principal, ¿Hernan Cortés viene sólo?

—No; le acompañan su mujer doña Juana, dos hijos varones, uno que podrá tener diez y seis ó diez y ocho años, y el otro ruevo, y tres hijas, de esta edad poco más.

—Por lo que se vé, el caudillo no ha querido que se acabe su apellido.

—Siempre le han gustado las hijas de Eva. Pero lo que no puedo explicarme es que sea hijo suyo ese jóven de diez y seis á diez y ocho años.

—Dicen que es de su primera mujer.

—Me parece que estais equivocados. El hijo que tuvo de aquel matrimonio murió de muy corta edad.

—¿Quién os ha contado semejante tontería?

—Persona que asistió á una entrevista que tuvo Hernan Cortés con su esposa doña Catalina en las Indias, asegura que oyó á su esposa lamentarse de la pérdida del hijo de sus entrañas.

—Esos no pasan de ser cuentos.

—En secreto os diré que bien puede ser hijo suyo, pero no habido con doña Catalina. Habis de saber que allí sostenia relaciones con una india, muy hermosa por cierto, llamada Marina, y tal vez... Pero qué es lo que veo,—exclamó con alegría;—ó mucho me equivoco, ó el que allí viene con aquella señora tan hermosa es mi antiguo capitán don Pedro de Alvarado. Voy á saludarle.

Alvarado era, en efecto, el nuevo personaje que se presentaba en la escena.

Cansado de la vida de la córte, habia solicitado del rey le permitiese formar parte de la expedicion de Pizarro y al dirigirse á Sevilla para embarcarse, le sorprendió agradablemente la noticia de que allí se hallaba Cortés con su familia.

No hay para qué decir que se apresuraria á visitar á Hernan Cortés.

Cayendo en sus brazos y estrechándole con efusion:

—Gracias á Dios, mi querido amigo,—le dijo.—que os vuelvo á ver.

—Yo tambien me alegro en el alma de veros, tanto más, cuanto revela vuestro semblante que sois feliz, de lo que me congratulo.

—¿Para qué negarlo? Unido á la mujer á quien adoro, y que cada dia es más digna de mi cariño, ha venido á completar mi dicha la autorizacion que acabo de obtener de vuestro emperador para ir á reunirme con Pizarro y tomar parte en los descubimientos que proyecta.

¿Y vos, sois feliz?

—Feliz y mucho respeto á lo familia que me rodea. Desgraciado, porque ahora más que nunca se ha cebado en mí la ingratitud del monarca. Aquí, donde me veis, despues de haber emprendido un viaje á Argel para ofrecer mis servicios á Carlos V en aquella desastrosa guerra, he sufrido la humillacion de que mis consejos fuesen despreciados, al paso que los de otros intrigantes, sin conocimiento alguno militar,

obtuviesen en sus absurdos cálculos la sanción del soberano. Si soy ó no acreedor á que se me paguen de este modo los muchos peligros que he arostrado, los sacrificios que he hecho para extender los dominios de Castilla, nadie como vos lo sabeis. Lo único que siento es que mi salud se halla muy trabajada, que preveo que mi vida se vá extinguiendo, y el dia que esto suceda no podré legar á mis hijos, á mi esposa, más que un nombre honrado.

Alvarado hizo un signo de asombro.

—Me desconsuela la pintura que me haceis de vuestra situacion, y francamente no creia que os halláseis en estado tan precario.

—La expedicion á Argel á dado al traste, no sólo con cuanto yo tenia, sino con gran parte de los bienes de mi esposa. Además, allí se me han perdido cinco magnificas esmeraldas, que constituian una buena parte de mi fortuna. En fin, para que conozcais lo desesperado que estaré, á pesar de la ingratitude que he sido víctima, á pesar de lo avanzado de mi edad, de mi quebrantada salud, estoy dispuesto á ir con mi hijo mayor á buscar á Pizarro y con ese objeto he venido á esta ciudad.

—Siempre os he comparado por vuestras desdichas al valiente, al insigne, al inmortal Cristóbal Colon.

—Eso me recuerda las palabras que aquel grande hombre pronunció momentos antes de bajar á la tumba.

«Me llena de orgullo, me decia casi moribundo,

que haya en España quien siga mis huellas, quien aspire á ensanchar el territorio, cuya existencia todos desconocian antes de emprender yo mi expedicion. Muero con la hiel en el alma, porque no me han premiado mis servicios, porque imbéciles, ignorantes, envidiosos palaciegos, han exgrimido en contra mia las viles armas de la calumnia y de la infamia; pero con todas sus malas artes no podrán oscurecer, no podrán amenguar en un átomo la gloria, la importancia, la trascendencia de mi conquista; nadie podrá impedir que fructifiquen las semillas del cristianismo que yo he sembrado en aquellos países.»

Parece que le estoy viendo, — prosiguió Hernan Cortés; — aún resuena en mi oido su voz, cuando cogiendo mi mano y estrechándola entre las suyas he-ladas, me decia: «Sois jóven, y la fortuna parece sonreiros. No os olvideis de lo mucho que yo he sufrido, y quiera Dios que vos no veais tan mal recompensados vuestros servicios. Yo moriré pronto, haciendo votos por vuestra felicidad, aunque temo que como yo tengais que sufrir los rigores de la fortuna.»

—¡Era un grande hombre!

—Indudablemente leia en el porvenir.

—Así lo creo.

—Lo que hoy me sucede confirma cuanto predijo.

Hernan Cortés le presentó sus hijos, le refirió cómo habia encontrado á Luciano, y cuando se

hallaban en esta conversacion dieron aviso al caudillo de que una jóven aldeana que acababa de llegar de Castilleja de la Cuesta deseaba con insistencia verle.

Hernan Cortés mandó que la permitiesen entrar.

¿Quién era la jóven que solicitaba aquella audiencia?

Volvamos la hoja y lo sabremos.

---

## Capítulo CXLVII.

---

Quién era la jóven.

La recién llegada podría tener unos quince años.

Su fisonomía revelaba ese candor, esa sencillez que aún se conserva en las gentes que viven en el pueblo.

Con la mayor inocencia le dijo al caudillo apenas le saludó:

—¿A que no sabe vuesa merced quién soy?

—Si no te explicas...

—Yo os conozco mucho y os amo... aunque es la primera vez que os veo.

—Ahora lo comprendo ménos.

—He oido á mi padre hablar muchas veces de vos

—¿Y quién es tu padre?

—Adivinado... Un antiguo amigo vuestro.